

¿Es la historia un asunto de culpas y culpables?

Historia de Colombia y sus oligarquías

ANTONIO CABALLERO

Crítica, Bogotá, 2018, 424 pp.

ES DIFÍCIL no quedar con un sinsabor, tras la lectura de las 424 páginas de la *Historia de Colombia y sus oligarquías*, de Antonio Caballero. Si bien no hay duda del trabajo exhaustivo y del gran esfuerzo de síntesis que subyace a los trece capítulos a través de los cuales Caballero intenta recorrer la historia de Colombia, desde la Conquista hasta la firma del acuerdo de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC, un tono hondamente pesimista y negativo informa todo el libro. Para Caballero, “la historia de lo que hoy es Colombia comenzó mal desde que la conocemos, con los horrores sangrientos de la Conquista. Y siguió peor. Esperemos que empiece a mejorar antes de que termine” (p. 11). Sostenida, casi sin tregua, en toda la obra, esta visión del autor es sintomática de un reduccionismo fundamental, a saber, el de comprender a las élites como el motor fundamental de la historia y de la sociedad. En el libro, bajo el concepto de oligarquías, las élites aparecen como una clase monolítica dedicada a explotar a los actores subalternos de la sociedad, concebidos, a su vez, de manera homogénea, como seres sin agencia o capacidad creadora; como víctimas pasivas de la acción usurpadora de las élites y, en el mejor de los casos, como seres cuya resistencia está destinada al fracaso. Así mismo, a agravar el maniqueísmo de la obra contribuye el insuficiente cotejo de fuentes secundarias, en otras palabras, el pasar por alto discusiones y replanteamientos historiográficos que de haberlos conocido le habrían permitido al autor forjarse una visión más compleja de los momentos y actores de la historia que decide narrar. Si para Caballero “entre todas las formas literarias no hay ninguna más sesgada que la relación histórica” (p. 11), la suya claramente lo es. Es cierto que el objetivo

de esta obra es de carácter divulgativo y que la pretensión de Caballero sea, entonces, la de escribir para el gran público, no para especialistas. Sin embargo, la divulgación de la historia no tiene por qué reñir con la precisión y con el esfuerzo por transmitir de una manera más fluida y agradable narrativas que, libres de las formalidades académicas, nos ayuden a comprender mejor la relación pasado-presente con miras a la proyección del futuro.

Aun cuando toda historia es historia del tiempo presente, en el sentido de que no se puede obviar el tiempo histórico en el que investiga y escribe el autor, como tampoco las preocupaciones y motivaciones que lo asaltan en su indagación del pasado; aun cuando las miradas diacrónicas sean fundamentales para la comprensión del presente, es necesario tener cuidado con el establecimiento de relaciones de continuidad que no dan mínima cuenta de la manera como se plantea la causalidad, la conexión de hechos e ideas, así como de las rupturas y fracturas, porque la historia no se compone de un tiempo homogéneo sin fisuras, como sucede en el relato de Caballero. A su juicio, la historia de Colombia no ha dejado nada significativo en su andar y, desde sus albores —dejando de lado el anacronismo que supone hablar de Colombia, desde la Conquista—, parece alentada por un *telos* negativo. Así pues, Caballero aprovecha su recorrido por las tres fundaciones de Santa Fe de Bogotá para plantear que “la historia de Colombia está hecha de fechas cambiantes. Como los nombres: Bacatá, Santa Fe de Bogotá, otra vez Santa Fe, otra vez Bogotá [...] Nuevo Reino de Granada, Colombia, Gran Colombia, Estados Unidos de Colombia... Hasta llegar a la actual marca ‘Colombia es pasión’”; cambios que, en su parecer, muestran “la búsqueda infructuosa de la identidad” (p. 72) en nuestro país. Así mismo, sostiene que de la “ferocidad desaforada de la Conquista [se pasa] a la crueldad más fría pero igualmente letal de la colonización sin escrúpulos” (p. 86) para, de ahí, en el marco del mismo capítulo dedicado a la Colonia, en un apartado titulado “Ayer como hoy”, afirmar que desde sus albores coloniales ha imperado en el país “la violencia, la corrupción y la anarquía” (p. 92).

A nutrir la imagen negativa del devenir histórico de Colombia contribuyen también nociones de atraso y estancamiento, que aparecen en diversos lugares de la obra. De acuerdo con Caballero, “aquí el turbulento siglo XVIII empezó —con el habitual retraso de estas tierras— ya bien rebasada la mitad del siglo: en los años setenta” (p. 121). Se siguen problemáticas afirmaciones tendientes a concebir a Europa como el repositorio de la cultura y civilización. A juicio del autor, mientras en Europa se “desarrollaban las ciencias y las artes, los filósofos tomaban la palabra en contra de los teólogos, los reyes respondían inventando el despotismo ilustrado [y] surgía arrolladora la burguesía, en la Nueva Granada no pasaba absolutamente nada” (p. 121); “en las ciudades, pues, no había nada: miseria y mendicidad en las calles, y en las casas monotonía y aburrimiento” (p. 127). Para Caballero, antes de la Ilustración, y en sintonía con una mirada de la historia que surge de la mano misma de este movimiento cultural, la Nueva Granada estaba sumida en el “tedio colonial” (p. 135).

Al hilo de que aquí todo nos llega tarde, plantea que para hacer frente a la epidemia de viruela que se presentó en Santa Fe en 1782, José Celestino Mutis ideó

[...] la inoculación de los sanos con pus de los enfermos, como se hacía en la antigüedad en la China y en la India. Aunque desconocido en España y sus colonias, pocos años antes el método había sido ensayado con éxito en Inglaterra, traído de Turquía. Porque, como les ha pasado a muchos investigadores y científicos de este país ciegamente encerrado entre sus cordilleras, el sabio Mutis llegó tarde al llamado banquete de la civilización. (p. 150)

El proceso de la Independencia y la construcción de la República no le merecen comentarios mejores. El primero no es más que una “etapa agitada, confusa y tragicómica que separa la Colonia de la República” (p. 159). Tomando prestado el concepto de Patria Boba que Antonio Nariño acuñara en 1823 para referirse a la falta de unidad característica de los años que siguieron a la formación de la Junta de Gobierno de Bogotá, el 20 de

HISTORIA		RESEÑAS
<p>julio de 1810, Caballero define así los albores del proceso de Independencia. Sin embargo, alude a “la patria boba” no para dar cuenta de las luchas entre centralistas y federalistas a las que Nariño hacía referencia, sino del presunto “vasto incesto colectivo”, en el que ricos y parientes “querían mantener intacta la estructura social de la Colonia” (p. 165), estructura que, a su juicio, se perpetuaría con la Independencia.</p> <p>No obstante el imaginario de Patria Boba haya sido cuestionado por numerosos historiadores y resemantizado como un proceso que, lejos de reflejar bobería, evidencia la dispersión y confrontación de soberanías locales que desatan las abdicaciones forzadas de Bayona, tras la invasión de Napoleón a España en 1808, Caballero insiste en referirse a este período no solo como “patria boba”, sino como un asunto exclusivamente de las élites, sin impronta popular alguna, aspecto que también ha sufrido importantes replanteamientos.</p> <p>Por su parte, sobre la República, vista a través del lente de Caballero, vuelve a posarse la imagen de circularidad. “Muerto el Libertador, desbaratada la Gran Colombia en sus tres pedazos, la parte de la Nueva Granada se dedicó a destrozarse ella también en sus varias regiones” (p. 221). Procede la narración de nuestra historia republicana como un relato de fracaso, corrupción, clientelismo, guerras fratricidas, en el que el pueblo, ignorante de la política, solo participaba a través de las levas forzadas de los ejércitos, y en el que políticamente nada distinto al trasvase de poder entre españoles y criollos había sucedido.</p> <p>Tras la Hegemonía Conservadora, la República Liberal, la Violencia, el asesinato de Gaitán, el juicio de Caballero sobre el Frente Nacional, en particular, y la historia del país, en general, se condensa simbólicamente echando mano de <i>Cien años de soledad</i>, específicamente de una frase de Úrsula: “[...] el tiempo no hace otra cosa que dar vueltas en redondo” (p. 376). Tras un esfuerzo importante para evidenciar las múltiples causas que conllevan el surgimiento de las diversas guerrillas (FARC, ELN, EPL, M-19) y del paramilitarismo, y para dar cuenta de las raíces históricas del conflicto armado colombiano, llegamos sin embargo,</p>	<p>siempre de la mano de Caballero, a la consolidación, sin más, de “una narcocracia” en Colombia (p. 400).</p> <p>Aun cuando no hay duda de que la historia del país de las últimas décadas se ha forjado al “vaivén entre la inclinación por la guerra y la preferencia por la paz” (p. 421) y que la droga, alimentando la guerra, ha vuelto esquivar la paz, afirmaciones como: “El delito es el recurso natural que más empleo da en Colombia. El resto es subempleo informal, desempleo, rebusque [y] exilio [...]”, o: “Es imposible calcular cuál es la proporción de la población de los habitantes de Colombia que hoy vive del delito, o que con el delito redondea sus ingresos” (p. 422), son no solo seguramente desproporcionadas —no es casual que no aparezcan sustentadas con cifra alguna—, sino preocupantes, en tanto desestimulan lo que quizás sea el interés genuino del autor con su obra, a saber, potenciar espacios de reflexión sobre el pasado, en aras de coadyuvar a la transformación social y a la construcción de un país más equitativo. No obstante, sin mayor horizonte de futuro, Caballero concluye: “¿Es muy triste todo esto? Sin duda. ¿Y alguien tiene la culpa? Yo creo que sí: quienes han dirigido o pretendido dirigir nuestra historia [...] las oligarquías a las que se refiere el título de este libro” (p. 422).</p> <p>Una visión parcializada, negativa y colmada de imprecisiones, encaminada, más que a facilitar la comprensión y una postura crítica frente al pasado, a buscar culpables por el incesante listado de calamidades que, presuntamente, componen nuestra historia; contribuye más al inmovilismo y reproducción de las asimetrías sociales que a la emancipación y cambio social. En sintonía con estos objetivos están, más bien, dos libros relativamente recientes. Uno es <i>La nación soñada</i>, de Eduardo Posada Carbó (2006), escrito con el objetivo no de “glorificar el pasado nacional, ni de desconocer nuestros errores y desaciertos”, pero sí de cuestionar una visión de la nacionalidad que “no solo alimenta una cultura de la desesperanza, sino que afecta el diseño de políticas públicas para combatir la violencia, y mina las posibilidades de construir sobre bases sólidas una sociedad libre y democrática que ofrezca garantías para la prosperidad” (p. 13). Y el otro es <i>Historia concisa de Colombia</i>, de Michael</p>	<p>LaRosa y Germán Mejía (2007; 2012), texto que se propone cuestionar la visión catastrofista y excesivamente simplificadora de la historia de Colombia, propia de buena parte de la numerosa bibliografía nacional e internacional que se ha escrito sobre el país en las últimas décadas y de la que Caballero, en este libro, hace eco.</p> <p style="text-align: right;">Andrea Cadelo Pontificia Universidad Javeriana</p>